

Ramon Llull y el diálogo constructivo

 www.elmundo.es/cataluna/2015/12/04/5661dd93e2704edf2c8b45df.html

El comisario del Año Llull explica la importancia del legado del filósofo, escritor y místico mallorquín 700 años después de su muerte.

Actualizado 04/12/2015 19:38

En otoño de 1307 Ramon Llull naufragó delante de Porto Pisano, a pocos kilómetros de la ciudad de Pisa. Una tormenta hizo zozobrar la nave en la que viajaba y la hundió. Según relata la *Vida del maestro Ramón*, en buena parte autobiográfica, varias personas murieron ahogadas. Él, con un compañero, «perdidos todos sus libros y vestidos, arribaron en una barquita a la orilla, casi desnudos» (trad. José M. Micó, Valencia, Pre-textos - Barcino, 2015). Tenía 75 años.

La nave viajaba hacia Génova, procedente de Beijaia, en Argelia, de donde Llull había sido expulsado tras pasar seis meses en una mazmorra. Era la segunda vez que iba al norte de África con la intención de convertir a sus habitantes al cristianismo. En esta ocasión su actitud, parece que poco conciliadora, provocó las iras de la multitud, que le abucheó y apedreó, y a punto estuvo de ser ejecutado por las autoridades.

Durante su cautiverio argelino, Ramon recibió la visita de varios sabios musulmanes, que intentaron convencerlo de las bondades del Islam. No sólo no se dejó tentar, sino que trató de demostrarles la verdad de los artículos de la fe de Cristo. Hacía más de 30 años que Llull había ideado un método, su célebre Arte, que él consideraba un don divino, con el que argumentar la existencia de Dios y la necesidad de la Trinidad y la Encarnación, dogmas privativos del cristianismo.

La de Beijaia fue la más dramática de sus estancias norteafricanas. Catorce años antes, en Túnez, tras declararse públicamente cristiano, había ofrecido hacerse musulmán si conseguían demostrarle que el Islam era la religión verdadera. En su planteamiento había una parte de estrategia, para evitar resistencias, pero al mismo tiempo revelaba una actitud profundamente innovadora. Prescindía de los textos sagrados, siempre fuente de controversia, y **apelaba a la razón** como forma de demostración y de entendimiento. Lo hacía, además, situando sus argumentos al mismo nivel que los de su interlocutor, y aceptando sin apriorismos las consecuencias que pudieran derivarse del diálogo, incluida su propia conversión a la religión del otro. De un verdadero **diálogo** se conoce el punto de partida, no el de llegada.

Ramon Llull había nacido en Mallorca hacia 1232, muy poco después de la conquista cristiana de la isla. Su nacimiento en un territorio de **frontera**, en el que los musulmanes seguían teniendo una presencia indiscutible, debió de ser decisivo en el interés que demostró por creyentes de religiones diferentes, y específicamente por el Islam.

Esta actitud era indesligable de una preocupación por la reforma de la Cristiandad y la salvación de los cristianos, que consideraba que se habían distanciado -casi iba a decir distraído- del mensaje evangélico. Paralelamente a su producción apologética y destinada a la formación de misioneros y a la conversión de los infieles, mayoritariamente en latín, y también en árabe, Llull escribió numerosas obras en catalán, con el objetivo de ofrecer a sus conciudadanos modelos de comportamiento y contenidos apropiados, ya fuesen teológicos, morales o simplemente enciclopédicos. Daba así entrada a la expresión literaria, con novelas como *Blanquerna* o el *Libro de maravillas*, y textos poéticos como el *Desconsuelo* o el *Canto de Ramón*, en los que lamentaba que sus ideas no consiguiesen imponerse.

Vinculado a la corte de Jaime II, casado y con hijos, **a los 30 años sintió la llamada de Dios** y realizó un cambio de vida radical. Él lo calificó de «conversión a la penitencia». Desde ese momento, lejos de la imagen de contemplativo e iluminado que él mismo cultivó, dedicó enormes esfuerzos a obtener apoyos entre papas y reyes, en un incesante ir y venir por capitales europeas, y redactó un número ingente de obras: 260 títulos. Sus esfuerzos no impidieron que fuese **visto como un intruso por clérigos y teólogos**, debido a la originalidad de su pensamiento, producto de una formación no reglada, y a su condición de seglar.

Tras su muerte, la producción de Llull ha sido ampliamente valorada. El cardenal Jiménez de Cisneros creó una cátedra de filosofía y teología lulianas en Alcalá, Pico della Mirandola, Nicolás de Cusa, Giordano Bruno, Juan de Herrera o Leibniz, entre muchos otros, leyeron y comentaron su obra. Actualmente, el instituto de estudios lulianos más importante del mundo se encuentra en la Universidad de Friburgo.

En Pisa, mientras se recuperaba del naufragio, Ramon Llull volvió a escribir aquellos libros perdidos en la tormenta, entre ellos una última versión del Arte y una recreación de los diálogos sostenidos en la cárcel de Bejaia. Si algo definía a este *christianus arabicus* era una incansable **tenacidad**, que poco después lo llevaría a emprender una última estancia tunecina, donde seguiría escribiendo, infatigable, hasta diciembre de 1315. Luego desaparece de la documentación y entra en la leyenda.